

El recientemente difundido documento guía, elaborado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, de la Iglesia católica, recomendando a los obispos la discriminación de los homosexuales, no puede dejar de alarmar a las mujeres, porque el ataque a una forma de sexualidad no reproductiva, preserva el modelo heterosexual compulsivo y exclusivo, con supremacía de la genitalidad, en especial la masculina, que encasilla a la mujer y al varón en roles sexuales jerarquizados.

Habitualmente se considera normal la heterosexualidad a partir de la identidad amor-procreación. Es una falsedad, porque deseo erótico y procreación no coinciden. Considerar la sexualidad como finalizada en la reproducción, significa aplicar una categoría interpretativa teleológica heterosexual y por lo tanto reductiva, al conjunto múltiple de las funciones libidinales de la existencia.

La persecución milenaria de la Iglesia católica a los homosexuales se inscribe históricamente en la condena al placer del cuerpo, por el placer mismo y se inserta plenamente en el cuadro más amplio de la represión sexual general. Permanentemente la Iglesia alterna los ataques a los homosexuales y las referencias contrarias a la anticoncepción, colocando a las mujeres en situación de reproductoras y escamoteándoles el derecho al goce y a la libertad, a la vez que las subordina al poder del hombre.

De ahí que la lucha de la mujer contra el machismo coincida con la defensa de los derechos de los homosexuales. El machismo es el sistema de estructuración

Movimiento feminista

María Elena Oddone

Iglesia, patriarcado y homosexualidad

psicológica que crea e impone roles de dominador-dominada/do, marginador y marginado, de macho activo y hembra pasiva y en la periferia de esta organización, la categoría de homosexuales como parias, como apartados de la estructuración legal. El objetivo feminista es la abolición del machismo mediante una revolución cultural, que libere a la sexualidad de todos los modelos, para que cada persona pueda elegir según su gusto y parecer, en libertad.

De los treinta y seis delitos que los hebreos punían con la pena capital, dieciocho se referían a las relaciones sexuales de una u otra especie. La exigencia de castidad y abstinencia generalizada por el cristianismo deriva de los ritos de automortificación de los esenios, secta judía de la que procedía Jesús, y marca la extensión a toda la humanidad de las prohibiciones que hasta entonces recaían solamente sobre las mujeres destinadas a la reproducción. Ambos sexos se igualan, pero a los efectos del pecado.

La distancia entre la procreación y el goce era enorme en los griegos. Existía una división tajante entre las damas destinadas a los placeres masculinos y las que se ocupaban del fregado y la costura. Lo dejó dicho Demóstenes: "Nosotros tenemos las hetairas para deleitarnos, las concubinas para las necesidades diarias de nuestros cuerpos, las esposas para engendrar hijos legítimos y tener fieles amas

de casa". También tenían sus amantes varones.

La diferencia entre la misoginia griega y la cristiana estriba en el carácter gozoso, abierto de la homosexualidad de los griegos, quienes, al decir de Freud, "glorificaban el impulso en sí antes que contabilizar los méritos del objeto". La empresa judeo-cristiana no habría de conformarse, con anatematizar el sexo marcándolo de culpabilidad en forma indeleble, sino que el cuerpo, en especial el de la mujer tenida por depositaria de la sexualidad, es escarnecido. Hasta la unión conyugal es sospechosa. San Ambrosio la considera una forma de fornicación, San Pablo define la abstinencia como el estado ideal del hombre y otros obsesos sexuales llamados padres de la Iglesia, desataron la furia antisexual que todavía padecemos.

• La fuerza del tabú

Lo que obsesiona es precisamente lo que no se quiere reconocer que existe. Frente a la homosexualidad, la sociedad heterosexual sufre lo que Freud definiría como "enfermedad de tabú", una neurosis obsesiva. La sociedad rechaza ponerse en contacto con los homosexuales varones y mujeres manifiestos, que no por casualidad obliga a ocultarse, margina y excluye. La prohibición antihomosexual debe su fuerza y su carácter de constricción, precisamente a la relación con su

contrapartida inconsciente, el deseo latente y no eliminado de homosexualidad, o sea la necesidad profunda de reconocimiento consciente. El deseo homosexual se desplaza continuamente, a fin de superar la barrera que le obliga a permanecer inconsciente y busca sucedáneos al "objeto prohibido". Si no fuera así, no habría necesidad de perseguirlos y no preocuparían al poder y a la Iglesia. El tabú antihomosexual es tanto más severo cuanto la prohibición en que consiste castiga actividades hacia las cuales existe una fortísima inclinación. Para los heterosexuales, la homosexualidad representa una "tentación instintiva".

• Los defensores a ultranza de la masculinidad

Los varones heterosexuales, orgullosos defensores del mito viril, excluyen a las mujeres de la política, de los negocios, de las profesiones, del deporte, de las instituciones sociales y políticas, y rehuyen de la compañía femenina en todo lo que no sea la relación sexual. No digo amorosa, porque para los varones el amor de la mujer es asunto que ocupa un lugar después del trabajo, el dinero y el equipo de fútbol favorito, que es como decir ningún lugar. Los hombres acuden a sus oficinas, a sus lugares de reunión social, y a los estadios para complacerse unos a otros. Las mujeres pueden confiar plenamente

en las relaciones amorosas para organizar sus vidas. Los hombres, no.

La larga historia de las "casas de hombres" predecesoras de los actuales clubes e instituciones masculinas actuales, dan cuenta de una tradición tan antigua como la humanidad. De acuerdo con los relatos de los antropólogos, los varones en esas casas se dedicaban al deporte, a la preparación para la guerra y gozaban de una solidaridad y camaradería que los unía entre sí. El tabú que prohíbe la conducta homoerótica es mucho más fuerte que el impulso que induce hacia ella y provoca una transformación de la libido en violencia. La asociación de la sexualidad y de la violencia constituye un hábito mental de tipo militarista. En este análisis se incluyen las órdenes religiosas masculinas. Freud era consciente de los lazos que mantenían unidos a los hombres. Observó que el ejército y la Iglesia actúan según la libido sexual. Vio la reciprocidad, el espíritu de cooperación, los sacrificios, incluso de la vida por una causa, y en ambas instituciones las mujeres están excluidas o tienen un papel subalterno, si es que tienen alguno.

El término psicoanalítico que mejor describe el clima de inmadurez que caracteriza a las "casas de hombres" es el de estado fálico. Semajantes baluartes de la virilidad refuerzan la acusada orientación hacia el poderío del patriarcado. Geza Roheim, antropólogo y psicólogo

húngaro ha subrayado que la función patriarcal desempeñada por tales instituciones, es la de un grupo de hombres con rasgos sádicos, dominantes y encubiertamente homosexuales. Los varones heterosexuales se sienten más cómodos en grupo que individualmente, porque en compañía de otros tienen la excusa de soslayar ese territorio peligroso de la homosexualidad, al tiempo que logran lo que buscan en la amistad con otros hombres: el mutuo refuerzo del sentimiento de masculinidad de cada uno. Los homosexuales son más honestos en sus actitudes. Son más capaces de aceptar a las mujeres como seres humanos amigos y no como enseres o cosas. No pretenden la dominación de nadie ni son verdugos de quienes no los aceptan. Tampoco pretenden que los demás piensen como ellos.

• Opiniones de la Iglesia del disenso

La monja italiana Marisa Galli dijo sobre la persecución de la Iglesia a los homosexuales: "Como religiosa católica me siento culpable por el daño que con nuestra actitud antievangélica, hemos hecho a tantos hermanos homosexuales. Tendrían derecho a denunciarnos por difamación. Las riquezas del Vaticano no bastarían para resarcirles del daño que les hemos infligido con nuestro prejuicio, nuestro analfabetismo sexual, nuestra inconsciente y consciente crueldad. No, no bastarían las riquezas, demasiados sodomitas han muerto en las hogueras de la Inquisición, demasiados homosexuales sufren todavía hoy, por culpa de la Iglesia que los considera enfermos". □

El Informador
Público

Director: J. Iglesias Rouco
Editor responsable: Francisco Reboredo
Secretario general: Marcelo Mendieta (h)

Año 6 - N° 306
Viernes 7 de agosto de 1992